

OTRAS RAZONES

PERSONALIDADES DE LA JUNTA (3)

Desde marzo de 1974, me reunía en París casi todas las semanas, por separado, con Rafael Calvo Serer y Santiago Carrillo. Ambos conocían mis compromisos con Don Juan, sobre sus declaraciones a «Le Monde». Habían aprobado los doce puntos esenciales de las mismas y aceptado la estrategia de ir apoyándolos, después de publicados, por cada partido, sindicato y persona prestigiosa de la oposición. A finales de abril comuniqué a Carrillo que estaba gestionando la unidad de la oposición, porque esta difícil tarea se había hecho objetivamente posible con la conformidad de todos los partidos al programa de los doce puntos. Y también porque esa unidad, mantenida en secreto hasta después de las declaraciones de Don Juan, garantizaría el objetivo de la ruptura democrática. Le informé de que, para esquivar la empinada cuesta de los celos y desconfianzas de partido, había comenzado a labrar el campo de la unidad desde la periferia. Y que creía llegado el momento de plantárselo a Joaquín Ruiz Giménez y Gil Robles. Y luego, en el mismo día, a Tierno y Pablo Castellanos.

El líder del PC, que apoyó mi iniciativa sin reserva alguna, hizo varias observaciones llenas de sagacidad y sentido común. Era más fácil obtener el acuerdo de Gil Robles y del PSOE si ya existía un compromiso de unidad entre todos los demás partidos. A ese fin, le parecía fundamental que, en el germen del organismo unitario, estuviera el PC junto al PNV, al PSP de Tierno y a personas de la derecha cultural y económica como Rafael Calvo Serer y Joaquín Garrigues. Aunque yo era consciente de la habilidad del PC para rentabilizar como propias las acciones comunes, coincidente con la de la dictadura para satelizar o difuminar la importancia de sus aliados, no dejé de compartir sus razones. Cuando conocemos a personas que nos llegan precedidas de su fama, no tenemos la misma libertad de juicio sobre ellas que ante un desconocido. Y solemos atribuirles cualidades de naturalidad y sencillez, no porque realmente las tengan o las finjan, sino por comparación a la imagen sobrenatural y compleja que las famas extraordinarias necesitan tener para sostenerse mucho tiempo.

Antes de conocer a Carrillo atribuía su mala fama a la propaganda de la dictadura. Su prestigio, ante mí, provenía de su condición de líder de un partido al que admiraba por su larga resistencia a la dictadura y su realismo político. Cuando lo conocí supe ver enseguida que estaba ante un hombre valiente, práctico, habituado a tomar decisiones, listo, informado, muy simpático y con modales mundanos, sobre todo en presencia de mujeres. Pero también pude advertir, sin que me pareciera en modo alguno un defecto, su falta de preparación intelectual, incluso en el terreno marxista. Más rápido de comprensión que de expresión. Mascaba sus



palabras al compás de su pensamiento. Lo cual daba a toda su persona ese aire natural de serenidad, equilibrio y dominio de sí mismo que transmite confianza a los demás sin necesidad de apoyarse en la ruda franqueza de la hipocresía. De entre los jefes de partido sólo Gil Robles lo superaba en personalidad política y carácter. Más inclinado al sentido del humor que a la ironía o mordacidad, Carrillo tenía la afabilidad propia de esos viejos generales o grandes empresarios que no necesitan mostrarse autoritarios, ni parecer dominantes, porque la historia de sus propias vidas los ha educado para ser obedecidos. Una cualidad social que nunca llegó a tener Gil Robles. Tampoco noté en Santiago Carrillo esos signos de nostalgia o de resentimiento que tan comunes son en el exilio. Lo único que me preocupaba en él era el optimismo de su inteligencia sobre la situación española. Entonces no valoré la importancia que ese fallo intelectual podría tener en el futuro. Acepté el cambio de táctica que me propuso y le presenté ese día a Rafael Calvo Serer.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

AMOR A LOS EMBRIONES

No me refiero, con el título de este artículo, a las emociones de afecto y ternura que una mujer embarazada pueda experimentar, al pensar en el hijo que se está formando en sus entrañas. No, en lo que estoy pensando es en la aberrante ideología que exalta la fase embionaria de nuestro desarrollo y con fascinación la idolatra en sí misma, primándola respecto a la vida realmente humana, que se inicia con el nacimiento. Mentalidad que, ahora, con motivo del proyecto de utilizar embriones con fines terapéuticos, ha vuelto a abrir la caja de los truenos.

Quizá el lector haya oído contar la historia del americano de raza negra, o afroamericano con arreglo al lenguaje «políticamente correcto», que hoy resulta especialmente oportuno recordar... Lamentaba atribuladamente el protagonista de la anécdota las muchas desdichas que le afligían—su miseria viviente, su ingrato y explotado empleo, las dificultades para alimentar a sus hijos—y, frente a ellas, la indiferencia despectiva de la sociedad respecto a la legión de seres que, al igual que él, padecen los sufrimientos de una dura y discriminada vida. Y, como colofón, afirmaba: «Antes de mi nacimiento, multitud de



personas poderosas, influyentes y bien organizadas se preocupaban de que mi madre no abortara, ponderando el valor de mi vida en ciernes; desde que vine al mundo nadie se preocupa de mí».

¿Cuál es el misterio que hace rendir culto a

los fetos, al nacer y a preocuparse de la vida humana del nacido, del natus? Las organizaciones antiabortistas de Estados Unidos han llegado al terrorismo, al asesinato incluso. Mentalidades conservadoras combaten el aborto y defienden la pena de muerte. O la guerra y el desarrollo de las armas de destrucción masiva. Naturalmente, no siempre se llega a tales extremos, pero sí a ponderar en términos fantásticos la realidad alojada dentro de un vientre de mujer en período de gestación. O, fuera de tal claustro, mantenida artificialmente «in vitro». Estos días se ha hablado de los embriones como «seres humanos» por la actual Ministra de Sanidad. Y la verdad es que, por mucho que abunde la fealdad en nuestra sociedad, la identificación de los seres humanos con los fetos resulta exagerada. Se ha exaltado la «dignidad de los fetos». Y el Vaticano estima que la utilización de embriones con finalidad terapéutica—es decir para salvar o mejorar vidas humanas adultas o infantiles—representa una «violación que mancillará la sangre de inocentes». Estamos asistiendo a una verdadera «fetolatría».

Al parecer, estas personas y las organizaciones que representan hacen suya la broma del naturalista, el cual afirmaba que la gallina es sólo un instrumento para fabricar huevos. En nuestro caso resulta que los seres humanos son sólo un medio para fabricar preciosos embriones. Y, por esta vía, aún han llegado más lejos los sociobiólogos, al afirmar que los vivientes somos meras máquinas destinadas a perpetuar los genes. Y tal genecismo no ha dejado de ser utilizado por algún teólogo, sosteniendo que, al quedar constituido nuestro código genético en el momento de la fecundación, cabe ya hablar de ser humano, cual si la especie humana en lugar de elvarse a una realidad cultural, libre y responsable, constituyera una simple máquina llamada a cumplir un programa biológico y se redujera a su genoma.

Queridas amigas y amigos lectores, tratemos con más respeto el concepto de humanidad. Era más ponderado e inteligente Santo Tomás de Aquino, cuando afirmaba que el alma sólo informa al cuerpo, cuando el feto se encuentra en una fase avanzada de su desarrollo. ¿Por qué no le siguen estos teólogos actuales, tan amantes de los embriones como fase culminante de nuestro ser? Si extendemos el concepto de vida humana a las etapas preparatorias de su realización y pensamos que la evolución ha ido incubando el surgimiento de la especie humana, tendríamos que extender el concepto de humanidad a toda la vida. Y preocupémonos más por las condiciones de vida de la humanidad. Al fin y al cabo lo que acaba de plantearse no es sino la curación de graves enfermedades. No detengamos estos avances con retorcimientos basados en la sacralización de la reproducción humana convertida en algo intangible.

Carlos PARÍS

CUADRILLA DE FORAJIDOS

Eta ha tratado de presentarse como un «ejército de liberación». Ha intentado y, en algunos casos, conseguido, utilizar terminología militar. La banda, como «guerrilla» marxista leninista, ejerce el «centralismo democrático», es decir, la dictadura, y nadie discute en su militancia las órdenes que emanan de sus cabecillas. Un «orden y mando» que Eta, desde los tiempos del siniestramente famoso Domingo Iñurbe, «Txomin», ha intentado compatibilizar con una especie de paternalismo sobre sus pistoleros y sus familiares, cuando aquellos ingresan en prisión o, como ha ocurrido ahora, mueren «en acción». Todas estas re-

flexiones se las hacía ayer a Juan Bravo un amigo del Norte, que subrayaba el hecho de que hayan tenido que ser las pruebas del ADN, realizadas, además, en un laboratorio del «estado opresor», las que hayan sido necesarias para determinar la identidad de los etarras fallecidos. ¡Vaya ejército es aquel que no puede anunciar públicamente, y no con llamadas anónimas, el nombre de sus bajas! Está claro que no es más que una cuadrilla de forajidos. El antiguo «movimiento de liberación» sabiamente manipulado por el comunismo de la Guerra Fría, ha terminado como el Grapo.

Juan BRAVO

